

---

## CAPÍTULO IX.

### Conclusión.

He llegado al término de los sucesos que componen el hilo de la presente historia; sucesos que, alguna vez fingidos, otras veces variados, muchos verdaderos y siempre creíbles, deben haber entretenido al lector lo suficiente para que no dé por mal empleado el tiempo que haya invertido en leerlos.

Los datos y noticias, apuntes y cartas que me han servido para ir tejiendo en el mejor orden posible las diferentes escenas de mi relato, llegan hasta la entrevista de la Marquesa y de Lanuza, que hemos leído en el capítulo precedente; de forma que en conciencia no tengo nada que añadir á lo que dejo relatado.

Esto pensaba yo, sintiendo no poseer algun

antecedente más, algún indicio siquiera, que me ayudara á entretener una conclusion, digámoslo así, más terminante, más explícita, que llevando á conocimiento de los lectores con sus correspondientes pelos y señales, *c* por *b* y de *pe* á *pa*, en una palabra, de la cruz á la fecha, á lo ménos lo ocurrido despues entre Miguel y Magdalena, pudieran cerrar el libro, seguros de saberlo todo.

Yo mismo experimentaba cierta curiosidad, deseando inquirir qué fué de ellos. No se me cocia el pan, como vulgarmente se dice, y me devanaba los sesos buscando á tientas el hilo invisible de la narracion, que se había roto entre mis manos; pero cansado de inútiles averiguaciones, renuncié á saber más de lo que ya sabía, y decidí dar mi tarea por terminada. No obstante, sospeché que no todos los lectores quedarian satisfechos, y advertí que si era difícil averiguar lo ocurrido, era sumamente fácil suponerlo; y dicho y hecho, sin levantar mano, me puse á imaginar una conclusion que sirviera de feliz remate al sencillo edificio de esta historia. Pero el papel de Providencia es más di-

fícil de lo que parece á primera vista, y por eso se lo ha reservado para sí Aquel que todo lo sabe y que todo lo puede; y héteme aquí árbitro del destino de Magdalena y de Miguel, sin saber qué hacerme de ellos.

Lo primero que me ocurrió fué separarlos, para que no volvieran á verse más en la vida; pero es preciso tener el corazon muy duro para decretar así, sin más ni ménos, la separacion violenta de dos corazones que verdaderamente se aman. Ante esta dificultad, retrocedí, cayendo en el extremo opuesto, y resolví casarlos para que no pudieran separarse nunca; mas le tuve miedo á la gravedad del caso, porque en los tiempos en que vivimos es ardua tarea y difícil empeño hacer un buen matrimonio, y es materia ésta—la del casamiento—acerca de la que no me he tomado nunca la libertad de aconsejar á nadie; porque si se trata de un hombre sano de corazon y de cuerpo, bastante jóven para tener hijos y educarlos, debe hacerlo sin que nadie se lo aconseje; mas si se trata de un viejo loco, es una burla sangrienta excitar en él el imaginario apetito de un

manjar para el que ya no tiene dientes, y nada hay que decirle; si se casa, con su pan se lo coma.

Verdaderamente en Miguel y en Magdalena concurrían todas las circunstancias necesarias para cerrar los ojos y echarles la bendición que había de unirlos para siempre; mas, á pesar de eso, yo no me determinaba por mí y ante mí á llevarlos á la iglesia, aunque confieso que lo habría visto sin pensar, porque, como ya sabemos, Miguel y Magdalena formaban la pareja más igual del mundo.

Por más reflexiones que me hacia á mí mismo, no lograba convencerme. Decididamente yo no he nacido para casamentero; es ocupación de gente desocupada, y yo no puedo permitirme semejantes ocios.

Pero bien, me decía, ¿qué hago de estos dos personajes, visiblemente hechos uno para otro? Mientras vivan continúa el drama del amor que une sus corazones, y por consiguiente, la novela no queda terminada. Hay que casarlos, matarlos ó envejecerlos.

De esta manera daba yo vueltas á mis

pensamientos, con el papel delante y la pluma en la mano, cuando noté que había encima de la mesa un sobre, por cuyos cuatro cantos corría un ancho filete negro en señal de luto; estaba cerrado con lacre, que brillaba sobre el papel como un botón de azabache. Examiné el sello estampado en el lacre, y no contenía cifra ni escudo alguno; esta carta me la habían dirigido por el correo interior. Pasé mentalmente lista á todos mis amigos, y ninguno estaba de luto; tampoco me era conocida la letra del sobrescrito. La mejor manera de salir de dudas era rasgar el sobre y ver lo que contenía, y así lo hice. Desdoblé el plieguecillo de papel que iba dentro, y con gran sorpresa leí lo siguiente:

COPIA DE UNA CARTA DIRIGIDA POR MAGDALENA  
Á LUISA.

«Roma, 6 de Mayo de 186.....

»Por supuesto, que no tiene perdón de Dios, haberme condenado por espacio de dos meses mortales á ignorar lo que en este momento acabo de saber; y como quiero ser

justa con todos, tampoco me perdono á mí misma la ceguedad y la torpeza que ha oscurecido mis ojos y extraviado mi entendimiento. Repaso en este instante todos los pormenores de nuestro encuentro y todos los detalles de nuestra conversacion, y me golpeo la frente, exclamando: «Ciega, ciega; » torpe, torpe.» Sí, noble amiga mia; ahora, que todo lo sé, porque todo me lo han dicho, es cuando todo lo veo, cuando lo comprendo todo. Y V. tambien, ¿por qué no se explicó más claramente? ¿Quiso V. poner á prueba su paciencia, sufriendo con humilde resignacion mis acerbadas palabras, mis crueles suposiciones? Muy santo y muy bueno. La humildad es la virtud de las almas fuertes, es la primera de las virtudes, es el heroismo; pero no debió V. dejarme entregada á la estúpida obcecacion de mi soberbia. Debíó usted haberme dicho: «Insensata, tienes ojos » y no ves, tienes oidos y no oyes. La des- » ventura ha endurecido tu corazon hasta el » punto de no comprender el noble móvil de » mi conducta, el generoso objeto de mis de- » signios. No mereces el sacrificio que he ve-

» nido á ofrecerte, ni la bondad con que te » he buscado para consolarte.» Esto y muchas cosas más debió V. haberme dicho, porque todo eso es lo que merezco. Ya ve V. que hoy me encuentro dispuesta á reñir con todo el mundo, hasta con V., pues estoy muy descontenta de mí misma, muy enojada conmigo. Y sin embargo, hoy..... Mas no adelantemos las cosas; ellas vendrán á su tiempo. Vamos por partes.

» Me dejó V. de repente, y la vi salir sin saber qué pensar de tan precipitada fuga. Ahora comprendo la sublime intencion de aquel reto que V. me dirigió, diciéndome: «Somos rivales, dos rivales implacables; pues » bien, verémos quién vence.» Con esas palabras quiso V. incitarme á la lucha para proporcionarme más fácilmente el triunfo; pero entónces me reí de su provocacion y creí que estaba V. loca. Esto deben pensar de los demas todos los que pierden el juicio. Despues medité y temí. Temí el último golpe de mi suerte. Con horror lo recuerdo y lo confieso: temí que Miguel renunciára á quitarse la vida. ¡Oh! preferia su muerte

VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEX.

á su olvido. ¡Ay, Marquesa, qué indigna soy, ó más bien era entónces, del tierno afecto que V. me profesa!

»Agitado mi espíritu por encontradas y diversas imaginaciones, me hallaba sumergida en dolorosa incertidumbre. Yo nada podía hacer, nada quería hacer; pero él, ¿qué haría?

»En esto entró Mari y me anunció la visita más inesperada que he recibido en mi vida: era la suya, era él. «Magdalena, me dijo, eres para mi corazón la misma que yo vi por primera vez, aquella criatura inocente que me sonreía desde la ventana del cuarto piso.» Yo tuve que tomar aliento para contestarle, y por lo mismo que me sentía débil contesté con firmeza: «Imposible.»—No hay fuerza en el mundo, me replicó, que me separe tí.»—Nunca, grité, animada por el valor que me infundía el miedo de parecer débil. Nunca; pesa sobre mí una desgracia, que jamás partiré con V.» Al oír estas palabras se irguió; creí que iba á aceptarlas y temblé; pero hé aquí lo que me dijo: «Sería el más cobarde de los hombres

»si yo, causa principal de tu desdicha, te abandonára en ella. Tú no puedes impedirme que repare el mal que te he causado.» No supe qué contestar, y comprendí que prolongar aquella lucha era dejarme vencer, y apelé al primer recurso que encontré á mano. «Me siento mal, le dije; necesito tranquilizar mi espíritu, excesivamente agitado, y V. necesita también pensar despacio el temerario arranque de su resolución.» Quisiera retirarme.» No tuve necesidad de insistir, pues inmediatamente se alejó, diciéndome: «Mi resolución es irrevocable.» En cuanto calculé que habría cruzado la puerta de la verja, subí á las habitaciones de Lord Walbrook. El honorable señor leía tranquilamente el *Times*; es lo único que lee, y se comprende por qué lo lee todo. Al verme, alzó los ojos y me miró con rostro sumamente complacido, y poniéndose de pié, me dijo: «Venis en ocasión oportuna; soy feliz, y quiero complaceros en cuanto me pidais.» «¡Ah, Milord! exclamé; esa alegría me aterra. ¿Habeis encontrado ya la muerte original y extraordinaria que hace tanto tiem-

po buskais?» Nublóse la frente de Lord Walbrook, y movió la cabeza, contestándome : «No, aún no; eso es más difícil; pero entre » tanto, poseo á *Bel-Khrer*, *Chareb er*» *eh*, » el tipo más correcto de caballo que pisa » la tierra, sangre árabe pura, de la raza de » Haymur, que tiene ademas sobre todos los » caballos del mundo el mérito singularísimo » de haber vencido á Ofelia. Soy dichoso; » decidme, pues, lo que quereis.—Quiero, » le contesté, salir inmediatamente de Madrid.—¿Y qué quiere decir *inmediatamente*?» me preguntó. «Inmediatamente, quiere decir, esta misma noche.—Es lo mismo; saldremos.—No basta, añadí yo, que salgamos; es preciso, ademas, que este viaje sea un secreto.» Entónces me preguntó : «¿Puedo yo saber la causa de tanta precipitacion y de tanto sigilo?—Sí, le contesté; » si no se hace así, os exponeis á perder para » siempre á vuestro tipo predilecto.»

» Habria sucumbido en una segunda conferencia, y quise huir; el mismo amor que me hacia débil me hacia fuerte. En efecto, aquella noche salimos, y no paramos hasta

París. Durante el viaje me pregunté un millon de veces : ¿qué efecto le causará mi desaparicion? Iba contenta, orgullosa de mi valor. Me encerré en mi cuarto, y sólo encontraba consuelo en los dolores de mis recuerdos. ¿Qué cosa tan singular es nuestro corazón! sondeándole llegué á presumir algunas veces que habia huido porque me siguiera. Temia verlo aparecer, y me desesperaba porque no aparecia.

» Una mañana oí su voz y dí un grito. Hablaba con Lord Walbrook en una habitacion inmediata á la mia, y Mari me anunció esta doble visita. Él entró diciendo : «Sí, Milord, mi resolucion es irrevocable y me he propuesto seguiros hasta el fin del mundo; ya conoceis el motivo que me mueve á ello, pues os he contado toda la historia.» Lord Walbrook le contestó : «No puedo en rigor oponerme á que nos sigais; vuestra obstinacion es digna de un inglés y la respeto. Ademas, os debo á *Bel-Khrer*, y no puedo cerraros las puertas de mi casa.»

» Luégo que pude dominar la primera sorpresa, me sentí más animosa y formé una

resolucion heroica: afrontar los peligros y defenderme; huir era difícil, y además era una cobardía.

» Poco tardé en convencerme de que mi ánimo era mayor que mis fuerzas. He fingido alegría, indiferencia, hasta fastidio, y todo ha sido inútil. Al fin le dije: «No puedo hacerlo á V. dichoso. Es V. demasiado generoso y demasiado noble para que yo abuse de su generosidad y de su nobleza.» Hé aquí su respuesta: «Crees que no puedes hacerme dichoso, y te obstinas en hacerme desgraciado; respeto tu resolucion, pero insisto.»

» Marquesa, yo sola no podia defenderme, y resolví hacer el último esfuerzo. Propuse un viaje á Italia, que fué aceptado, y llegamos á Roma. Aquí descubrí mi propósito, declarando que estaba resuelta á encerrarme en un convento. Lord Walbrook levantó los ojos asombrados como si el techo se desplomara sobre su frente; y él bajó la cabeza y permaneció silencioso. «¿Qué decis á eso?», le preguntó Lord Walbrook.—«Nada», contestó. Desde aquel día empecé á disponerme

para pronunciar los primeros votos. Lord Walbrook estaba desesperado, Lanuza triste y yo resuelta.

» Era preciso preparar mi espíritu con ejercicios de penitencia, que fortificáran mi vocacion y alentáran mi humildad. Hice mi primera confesion, porque.... ¡ay Marquesa! no habia confesado ninguna vez. Mi buen padre murió ántes que yo cumpliera diez años, y Juana no me habló jamas de semejante cosa. Ya sabe V. quién es Juana. ¡Infeliz! su hijo es su castigo. Mi confesion fué muy larga, y me levanté de los piés del confesor como deslumbrada, como si de repente hubiera pasado de una oscuridad extrema á un foco de luz vivísima. Habia sentido primero el frio dolor que debe experimentarse cuando el cirujano sondea la herida, y luégo la suave sensacion que produce el bálsamo que empieza á curarla.

» ¿No habeis visto algunas veces, á la caída de la tarde, irse sonrosando las nubes conforme los reflejos del sol las van iluminando? Yo lo veia muchas veces con infantil curiosidad desde la ventana de la humilde casa de

mi padre; pues del mismo modo se van sonrosando por los resplandores de la verdad las nubes que oscurecían mi alma. Siento en mi espíritu algo..... así como si amaneciera, y todo se ha transformado á mi vista. Pero vamos al caso.

» Tenía impaciencia por esconder mi vida en la paz del claustro; mas mi confesor iba muy suavemente alargando el plazo de mi entrada en el convento, y ántes de ayer le supliqué que no pusiera más dilaciones. Se sonrió al oír mi súplica, y me dijo: «Muy bien; mañana daréis el último adiós al mundo.» En efecto, ayer vino á buscarme para conducirme al convento que ya habia yo elegido y habia visitado muchas veces. Lord Walbrook y Miguel acudieron á mi cuarto á despedirme, porque mi confesor dispuso que allí debia ser la última despedida. Yo no me atrevia á levantar los ojos del suelo, pero los vi á los dos; Lord Walbrook impassible, pues habia convenido consigo mismo en que mi resolución era una excentricidad, y por lo tanto, respetable. Lanuza mostraba sereno el semblante, pero me pareció

horriblemente pálido. Mari á mi espalda sollozaba como una niña. Me acerqué á Lord Walbrook, le cogí la mano, me arrodillé á sus piés y le dije: «Milord, os debo mucho; os debo más que la vida, os debo la virtud, que á vuestro amparo he podido conservar. ¿Qué hubiera sido de mí si vos no me hubierais recogido y no me hubierais tratado casi como un padre? Os debo toda la gratitud de mi corazón; mi memoria está llena de vuestros beneficios, y si Dios se digna oír mis oraciones, abriréis los ojos á la verdadera luz y encontraréis la muerte más bella, la muerte del justo.» Dije esto, le besé la mano, y tuve que hacer un grandísimo esfuerzo para levantarme. Entónces me volví hácia el otro; quise decir «Lanuza», pero mis labios rebeldes pronunciaron el nombre de Miguel. «Miguel, dije, olvídeme V. Yo tambien, añadí con voz balbuciente, haré.....» no pude seguir, porque un sollozo anudó mi garganta. Mari prorumpió en lamentos y mi confesor acudió á sostenerme, creyendo que desfallecía. «Vamos, me dijo, las lágrimas desahogan el corazón, y cuando

» Dios las envía á los ojos es para que salgan ;  
 » llorad, hija mia, llorad.» Estas palabras rompieron el dique que contenía mi llanto, y lloré á mares, y al traves de mis lágrimas vi que llorábamos todos. Mi confesor enjugó las suyas, diciendo : « Dios no quiere ni la  
 » más ligera sombra de orgullo en los sacrificios que se le ofrecen. La humildad consiste sobre todo en la sumision voluntaria  
 » á sus sabios designios. Y en este momento  
 » supremo yo os pregunto, hija mia : ¿ Son  
 » los votos temerarios de un corazon orgulloso, ó los sencillos votos de un corazon  
 » resignado y tranquilo, los que vais á pronunciar? » Estas palabras, articuladas con severa dulzura, pesaron sobre mi conciencia de tal modo, que me hicieron caer de rodillas, exclamando : « Perdon, perdon. » Alzóme el venerable sacerdote, cuya austera túnica de parda estameña aumentaba la bondad de su rostro, y sonrió diciendo : « Podemos  
 » engañarnos á nosotros mismos, y nos engañamos muchas veces, pero á Dios no es  
 » posible engañarlo nunca. » Y volviéndose á Miguel, que permanecía inmóvil como una

estatua, le tendió la mano y le dijo : « Caba-  
 » llero, V. lo deseaba y Dios lo quiere. »

» Todo esto sucedió ayer, y hoy mismo le escribo á V., porque hoy mismo me ha contado Miguel la visita que V. le hizo, la conversacion que tuvieron y la resolucion que adoptaron. Ha cumplido su palabra y su promesa: su palabra, de no contarme nada hasta que fuéramos dichosos. Su promesa..... espere V. un momento. — Continúo. — Su promesa de alcanzarle á V. el perdon que de mí deseaba. Marquesa, está V. perdonada. Me he interrumpido para arrodillarme. El perdon que le envío lo he escrito de rodillas. ¡ Dichosa desgracia la que á V. le debo! Hay una felicidad mayor que la felicidad misma, que consiste en proporcionarla; quiero decir, que el bien que se hace es el verdadero bien que se disfruta en la tierra. ¡ Ay, Marquesa, ahora sí que no podrá V. deshacerse nunca de mi envidia.

» Léale V. esta carta á la señora Gertrúdis, porque creo que es el más afectuoso abrazo que puedo enviarle.

» Lord Walbrook habla mucho con el pa-

rácter más creible. Y ahora caigo en la cuenta de que hubieran sido inútiles mis consejos, pues precisamente toda su ambicion se funda en ser un personaje extraordinario, singular, único, increíble, y hubiera preferido dejar de ser inglés á dejar de ser inverosímil. Hay, pues, que creerlo ó matarlo.

Por lo que hace á *Bel-Khrer*, respondo de la autenticidad de su mérito, de la inteligencia de su instinto, de su ilustre origen y de la verdad de su historia.

Por último, aquellos á quienes ocurran dudas que no acierten á explicarse, y deseen salir de ellas, pueden consultarme, seguros de que les facilitaré cuantas noticias necesiten.

Dejo aquí terminada LA MANZANA DE ORO. Voy á proseguir otra que tengo empezada, y que deberá titularse *El Angel de la Guarda*. Dios ponga tiento en mis manos.

FIN.

## INDICE

### DE LOS CAPÍTULO DEL LIBRO SEXTO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Vamos á ver cómo las pa- redes oyen. . . . .	5
CAP. II.—La primera escaramuza. . . . .	27
CAP. III.—Ni amante ni cómplice. . . . .	57
CAP. IV.—El retrato. . . . .	81
CAP. V.—Batalla campal. . . . .	109
CAP. VI.—El manuscrito. . . . .	137
CAP. VII.—Las dos rivales. . . . .	179
CAP. VIII.—El testamento. . . . .	203
CAP. IX.—Conclusion. . . . .	227

FIN DEL ÍNDICE.